



JORNADA SEGUNDA

Habitación elegante en casa del Duque.

Paréceme que aun la escucho.
—Soy, dijo, á mi furor loco,
para esposa vuestra poco,
para dama vuestra mucho.

LOPE DE VEGA.

ESCENA PRIMERA

EL DUQUE

También es tenacidad
de don Diego y de Leonor:
negocian puntos de amor
con una velocidad
que ya toca en lo importuno.
No creen sino que esta boda,
porque á ellos les acomoda,
no es incómoda á ninguno.
Carlos jamás tuvo en ella
inconveniente, á mi ver.....,
pero le puede tener
si ve que se le atropella.
Y aunque, si ya no le halló,
que le encuentre dificulto,
tampoco obligarle á bulto
á casarse quiero yo.
Porque ¿qué le contestara
si de haberme obedecido,
el mal que le haya venido
con razón me echare en cara?
Mucho me holgara, en verdad,
el que con Leonor casase;
yo insistiré en que se case,
mas no contra voluntad.
¡Hola! A don Carlos llamadme;

y entretanto, pensamientos,
de vuestros locos tormentos
un instante relevadme.

(Pausa.)

Y por fin, si de su honor
con una exigencia cruel,
después de casarle á él
le contara yo mi amor,
¿no dijera, y con justicia,
á proceder tan injusto,
que por hacer yo mi gusto
puse en el suyo malicia?
Que yo amo es cierto, á fe;
que él no la ama es evidencia.....;
qué he de hacer con mi prudencia,
¡vive Dios, que no lo sé!

ESCENA II

EL DUQUE y D. CARLOS

EL DUQUE

Ya, hijo mío, te esperaba.

DON CARLOS

Yo, padre, os buscaba á vos,
mas hoy no nos hemos visto;
dadme las manos, señor.

EL DUQUE

Tómalas, hijo, y con ellas
mi amor y mi bendición;
tengo un punto de que hablarte
que nos importa á los dos.

DON CARLOS

Decid, padre, que os escucho.

EL DUQUE

Siéntate, y óyeme.

DON CARLOS

Estoy.

EL DUQUE

Sabes, hijo, que por dicha
(que así el cielo lo arregló)
somos nobles de la casa
de los Ponces de León,
y que en bienes de fortuna,
en honra, lustre y valor,
á ninguna otra en Castilla
nuestra familia cedió.

DON CARLOS

Y si hay, padre, quien lo dude,
nombrádmeme sin temor,
que además de la nobleza
traigo espada y hombre soy.

EL DUQUE

Nadie lo duda, y por esto
el mundo nos ordenó
ciertas leyes, que cumplirlas
nos es en obligación:
por ejemplo, que casemos
con damas de tanto honor,
que con su lustre den lustre
á nuestro limpio blasón.
Ha mucho tiempo, hijo mío,
que tu boda se trató
por negocios de familia,
no te importa cuáles son,
y te buscamos esposa
en la virtuosa Leonor,
que es la prenda de más precio
de la casa de Girón.
Que á tu padre tal pluguiera,

callártelo fuera error,
siendo tu padre el primero
que en esta boda pensó.
El tiempo y las circunstancias
la hicieron punto de honor,
pues al mío importa sea,
mas si daña al tuyo, no.

DON CARLOS

Antes de que yo os responda,
á mí respondedme vos.
¿Me amáis, señor?

EL DUQUE

Más que el ciego
amara, si viera, al sol.

DON CARLOS

Si pesarlo fuera dado,
¿cuál pesara más, señor,
vuestra honra ó vuestro hijo?

EL DUQUE

Hijo y honra..., ¿qué sé yo?

DON CARLOS

Luego ¿igual pesan entrambos?

EL DUQUE

Por cierto, que es confusión.
(Reflexionando.)

La honra, de nuestros bienes
es, sin duda, el bien mayor;
y los hijos..., si son buenos,
nos bendice en ellos Dios.
La honra.... tal vez se cobra
con intriga ó con favor....;
los hijos....

DON CARLOS

¿Qué decís, padre?

EL DUQUE

El que una vez se perdió....

DON CARLOS

¿Respondéis, señor, quién pesa
más?

EL DUQUE

El hijo, ¡vive Dios!

y á preguntarlo no vuelvas,
que dos veces, tal vez no.

DON CARLOS

Permitid, pues, que rehuse
la boda con Leonor;
mas no lo tengáis á mengua,
libertinaje ó baldón,
que porque tal no pensarais
desposara al diablo yo.
Mientras que amarme pudiera
doña Leonor de Girón,
consentí en sacrificaros
mi vida sola, señor;
pero hoy, que sé que no alcanza
á amarme su corazón,
hoy en libertad la dejo;
la mía os atañe á vos.

EL DUQUE

La tuya, hijo, como tuya,
toda entera te la doy;
úsala como quien eres,
como Ponce de León.

DON CARLOS

Mi libertad tengo en mucho,
y en más á quien me la dió,
porque aun antes de alcanzarla
era hijo vuestro, señor.
Pero.... ¡padre! ¿qué tenéis?
desfallecida la voz,
los ojos volvéis inquietos,
¡fáltale al rostro el color!....

EL DUQUE

Del atormentado pecho
secretos afañes son,
y el rubor de alimentarlo
sale en el rostro y la voz.

DON CARLOS

¡Vos afañes, padre mío!
¡Vos secretos! ¡Afañ vos!
¡Oh! ¿Creísteis mis palabras?
¡Padre, mi padre, perdón!
Si os ha de causar enojos,
mirad bien que fué un error,
y antes, padre, que enojaros
muriera mil veces yo.

¿Lloráis, señor? ¡Vive el cielo!
Me partís el corazón.
¿Tanto ha podido ofenderos
el no querer á Leonor?
¡Ah! ¿Por qué no me mandasteis
que no es respondiera *no*?
que es para mí sobre todo
mi padre, después de Dios.

EL DUQUE

Calla, Carlos, que del pecho
secretos afañes son,
y parte en ellos no tienes
ni tú ni nadie.

DON CARLOS

Señor....

EL DUQUE

Mira, Carlos: son hoy tales
estas dudas en que estoy,
que me pesa el sí, y me pesa
que me respondas que no.
Resistirlo más no puedo,
que un pensamiento traidor
me ha asaltado sordamente
tras el eco de tu voz.
He pensado que si amaras
á otra mujer, ó mejor,
ó más bella, ó aun acaso
de más baja condición....

DON CARLOS

¡Padre!....

EL DUQUE

No es que te lo digo,
es que lo pienso; mas no.
Carlos, hijo mío, dime:
¿me amas mucho?

DON CARLOS

Como Dios
amar á su Madre puede,
y como aquélla al Señor.

EL DUQUE

¿Defendieras una causa
en que hubiera parte yo
con justicia?

DON CARLOS

¿Eso dudáis?
Contra ley, y sin razón.

EL DUQUE

¿Y si vieras en tu padre
una falta, la menor,
mas que el mundo reprocharla
pudiera como un baldón?.....

DON CARLOS

Harto contrario no fuera
todo el mundo á mi furor,
que un crimen en vuestro rostro
como virtud viera yo.
Y al que lo mismo no viera
delante á mí, ¡vive Dios!,
que á estocadas en el pecho
le buscara el corazón!
Y no le valiera el sitio,
ni la fuerza, ni el valor;
le matara, y si no fuera
cuerpo á cuerpo, por traición;
porque es para mí en el mundo
mi padre después de Dios.

EL DUQUE

Carlos, me vuelves la vida;
dame los brazos.

DON CARLOS

Señor,
vuestro hijo soy; mas decidme
de vuestro mal la ocasión.

EL DUQUE

Que pues, Carlos, tanto me amas.....,
mis duelos vienen de amor.

DON CARLOS

¿No es más, padre? Pues ¿en eso
vuestro corazón erró?
¿No sois hombre, y no están todos
sujetos á una pasión?

EL DUQUE

Pero tal vez es indigno
de mi pecho tal amor,
que amo, Carlos, á una perla,

pura, hermosa como el sol;
pero en el fango del mundo
el cielo me la encerró.
Mas hartó, Carlos, te he dicho,
y de vergüenza me voy,
que cosas, á veces, matan
si se escuchan, hijo, dos.

DON CARLOS

(¡Cielo santo! ¿Estoy despierto?
¿Tantas desventuras hoy?
¿Si tras la muerte me voy,
aun creo el hallarla incierto!
¿En lo mismo que he pecado
á pecar mi padre va?
¡Oh! ¡Por Dios, que no será
fuera de ambos mal contado!)
Padre, señor, un momento:
un remedio me ha ocurrido
con que vos seréis servido
en lo de aquel casamiento.

EL DUQUE

¡Un remedio! Y ¿qué ocasión.....

DON CARLOS

Aguardad, y os la diré:
permitidlo, y partiré
mañana mismo á Aragón.

EL DUQUE

¿Á Aragón quieres partir?

DON CARLOS

¿Allí haciendas no tenemos?

EL DUQUE

Mas lo mismo quedaremos.

DON CARLOS

Así se ha de concluir.
Vos á don Diego diréis
que á mi vuelta he de casarme.

EL DUQUE

Y ¿una razón no has de darme.....

DON CARLOS

Padre, no la preguntéis.
Harto, señor, os pesara
si yo la razón os diera.

EL DUQUE

Por vergonzosa que fuera,
yo sé que la perdonara.

DON CARLOS

No es sino noble é hidalga;
mas que la calle otorgad.

EL DUQUE

No sé, Carlos, en verdad,
que tanto tu razón valga.

DON CARLOS

Hoy en vos, ¿más no pesó
que la honra el hijo quizás?
Pues ved que en mí pesa más
el honor vuestro que yo.

EL DUQUE

Tú verás lo que ha de ser,
que más no he de importunar,
y no me atrevo á negar
lo que puedes menester.

(Vase.)

ESCENA III

DON CARLOS. Luego GINÉS

DON CARLOS

¡Y en un solo momento,
con sola una palabra, de mi vida
robóme la esperanza y el contento!
Pero ¿cómo no amarla.....
á esa tierna beldad desconocida,
tanto más adorada,
cuanto más me parece desdichada?
¡Oh! ¿Por qué nos llamamos
Ponces, Tellos, Abarcas y Girones,
si á amarrar no alcanzamos
á nuestro alto blasón nuestras pasiones?
Mas que mi padre viva,
que ame y que goce como grande y rico,
en tanto que, en silencio,
yo mi amor á su amor le sacrifico.
Y al fin, ¿qué vale todo?
Mujer será ligera y veleidosa,
que cuando yo la alzara,

tal vez de que era mía se olvidara,
acordándose ¡ay Dios! de que era hermosa.
¡Oh! ¡Tal pensando me estremezco y llo-
[ro!
¡Mujer al fin!..... Mujer, pero la adoro.
¡Hola! A Ginés buscadme.

GINÉS

Heme aquí ya, señor.

DON CARLOS

¿Qué sabes de ella?

GINÉS

Seguí traidor su huella;
mas tal vez conociendo la seguía,
de calle en calle y de plazuela en plaza,
atenta y pertinaz iba y venía.

DON CARLOS

¿La hallastes? Sí ó no.

GINÉS

¡Por vida mía!
¿Pusiérame ante vos si no la hallara?
Hasta la calle fui de *Mira el Río*,
número cuatro, casa solitaria,
la puerta estrecha y de agujeros llena,
tras el cubo, señor, de la Almudena.

DON CARLOS

(Dale un bolsillo.)

Gracias, Ginés, y toma.

GINÉS

Señor, soldado soy y buen criado;
el oro es de traidores ó cobarles.

DON CARLOS

Pues para mí conviene que lo guardes.

GINÉS

Mal, señor, lo concilias.
¿No estará en vuestras manos más seguro?

DON CARLOS

Yo puedo malgastarlo;
tócale al mayordomo conservarlo,
que soy, Ginés, un hijo de familias.

(Vase.)

GINÉS

¿Dijome mayordomo?
Gajes son del oficio; pues lo tomo.

ESCENA IV

Casa pobre, y salen D.^a VIOLANTE é INÉS.
Es de noche. Luz.

DOÑA VIOLANTE

Estás cabizbaja.
¿Qué tienes, Inés?

INÉS

Doquier que los ojos
volváis, lo veréis.
¿Qué más, madre mía,
pudiera tener?

DOÑA VIOLANTE

Voluntad suprema
de los cielos es.

INÉS

Más propicios, madre,
nos pudieran ser.

DOÑA VIOLANTE

Respetá á los cielos;
son justos, Inés.
Tu padre hubo siempre
entera su fe;
fué siempre á su patria
y á su Dios muy fiel;
murió defendiendo
su patria y su Rey;
y aunque nuestras dichas
murieron con él,
los cielos son justos,
callemos, Inés.
Pero hoy más que nunca
parece, á mi ver,
que estás fatigada,
inquieta tal vez.

INÉS

(¡Dios mío, ayudadme
silencio á tener!)

Estáis tan enferma,
y están ya también
nuestras esperanzas
tan muertas....

DOÑA VIOLANTE

Sí, á fe.

Mas hemos llegado
hasta hoy, ya lo ves;
y así pasaremos
un día, dos, tres,
un mes y dos meses.

INÉS

¡Ay, madre! No sé.
¿Y cuando se pasen
el día y el mes?

DOÑA VIOLANTE

Entonces....

INÉS

Calladlo:

no en ello penséis,
que acaso tan sólo
por vos vive Inés.

DOÑA VIOLANTE

¡Hija! ¡Mi consuelo,
mi amparo y mi fe....,
¿me amas?

INÉS

Me ofende
que tal preguntéis.
Por vos diera todo
cuanto puedo ser,
mi vida, mi alma,
mi amor ¡ah! también.

DOÑA VIOLANTE

¡Tu amor! ¿A quién amas?

INÉS

Yo.... á nadie.... tal vez....;
si algún día amara....,
como á vos, ¿a quién
quisiera?....; y siento
aun que lo dudéis.

DOÑA VIOLANTE

Si algún día amaras,
si fuerza ha de ser
que ames....

INÉS

Madre mía,
por vos amaré.
Sin vos, ni los cielos
le bastan á Inés.

(Ruido como de alguno que llega. Un embozado
se acerca á la puerta.)

Mas ¡qué ruido!.... ¡Un hombre!
¡Qué audaz! ¿Qué queréis?

EL DUQUE

(Desembozándose y saludando respetuosamente.)

Salvaros, señora,
si alcanzo á poder.

ESCENA V

DOÑA VIOLANTE, INÉS y EL DUQUE, disfrazado.

DOÑA VIOLANTE

Pues decid, señor, ¿qué pasa?
¿Qué repentina ocasión....

EL DUQUE

Trájome mi corazón
á las puertas de esta casa.
Con vos, señora, un instante
quisiera, si os place, hablar....

DOÑA VIOLANTE

Señor, no puedo alcanzar....

EL DUQUE

De un asunto interesante.

DOÑA VIOLANTE

Decid, pues, que os escuchamos.

EL DUQUE

(Indeciso estoy, á fe,
y qué decirlas no sé.)

INÉS

Señor, atentas estamos.

EL DUQUE

Nace á veces un deseo
en un corazón en calma,
que abrasa, señora, el alma,
y que no se apaga creo;
todo entonces es dudar,
no sosegar ni dormir,
no se sabe adónde ir,
ni se sabe en dónde estar;
no hay regalo en el placer,
ni las dichas nos agradan,
pues hoy tanto nos enfadan,
cuanto halagaron ayer.
Huímos nuestros amigos,
que al prestarnos sus consuelos,
no son más en nuestros duelos
que impertinentes testigos,
y silenciosos y huraños,
meditabundos y esquivos,
en el mundo de los vivos
parecemos como extraños.
Con el pensamiento á solas
gozamos una ilusión,
cual faro que en un peñón
alumbra las negras olas;
mas como él incierta, vaga,
ya esperanza, ya tormento,
dentro allá del pensamiento,
ya se muestra, ya se apaga.
Tal vez su ser no ignoramos,
mas porque no nos asombre,
jamás su ser ni su nombre
á solas nos preguntamos;
hasta que llega una vez
en que, á tanto meditarlo,
no querer adivinarlo
fuera extrema estupidez.
Entonces nuestros enojos
truécense en falaz ventura,
y refleja una hermosura
de nuestra alma á nuestros ojos.
Y de entonces, sin temor
nos perdemos en pos de ella;
cuanto más huye es más bella,
que es poderoso el amor.

DOÑA VIOLANTE

Tanto tiempo ha que no escucho
acento tan cortesano,